

Renovación

Boletín Semanal de *Comunidad Cristiana Renovación* - N° B-05

“100% Gente” (Parte I)

Por Donald Herrera Terán

La manera como describimos la Iglesia revela nuestro entendimiento de la misma. El evangelicalismo del siglo XX nos legó la visión de la Iglesia fundamentalmente como una *institución*. De modo que hablamos de ella en términos de edificios, programas, reuniones, organigramas, metas, proyectos, planes, objetivos, etc.

Es verdad que la Iglesia adquiere un carácter institucional por la naturaleza de su labor. Pero la Iglesia, en términos Bíblicos, es **fundamentalmente gente**, básica y 100%, gente. Son personas vinculadas unas con otras en términos del mensaje del Evangelio. La VERDAD DEL EVANGELIO es el nexo que vincula a los participantes en una congregación local. Cualquier otra cosa que vincule a los miembros de una Iglesia (programas, música, proyectos, etc.) es un mero sustituto de la VERDAD DEL EVANGELIO.

En términos institucionales dos miembros pueden acercarse entre sí y preguntarse el uno al otro: “A ti, ¿qué te gusta?” Y el otro puede responder: “Me gusta X y X.” “Excelente — puede responder el otro — a mí también me gusta el punto X y X. De modo que estamos *unidos* en la visión.”

El punto Bíblico de la unidad del Cuerpo parte de la confesión: “Tú, ¿qué afirmas?” “Afirmo — responde el hermano — un cuerpo, y un Espíritu, un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.” “Dado que tú confiesas lo que yo confieso, y puesto que ambos confesamos lo que Dios confiesa de Sí mismo (el testimonio de Dios), entonces estamos *unidos en Él*.”

Esta confesión forma el marco de las relaciones entre las personas — entre sí — en el seno de la Iglesia. No se deja de lado que somos gente, pero estamos vinculados los unos a los otros de una manera totalmente distinta a la manera en que la gente se vincula en el mundo. En el mundo la gente forma nexos entre sí basándose en gustos, temperamentos, tendencias, modas, preferencias, posiciones políticas, refinamientos artísticos, etc. Pero Dios espera (y así lo ha mandado) que los creyentes se asocien unos con otros en Sus términos. Y estos términos, reunidos en un formato, es lo que denominamos *pacto Bíblico*.

De modo que, cuando la VERDAD DEL EVANGELIO se deja de lado, comienza a desaparecer también la unidad del Cuerpo.

El Orden del Padre

Por Mark Hanby

(Segunda Parte)

Aarón y sus cuatro hijos sirven como una sombra de los dones quintuples del ministerio en la Iglesia: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Efe. 4:11). Aunque todos los Israelitas eran hijos de Abraham y adoraban a Jehová, solamente Aarón y sus generaciones después de él podrían ministrar en el oficio de sacerdote. El talento, la inteligencia, la educación, la dedicación y el deseo por el Señor son atributos maravillosos en

la familia de Dios, pero nunca son condiciones para el ministerio. El único sacerdocio perdurable es aquel que se lleva a cabo *por sus generaciones*. Para ser un sacerdote, tu padre debe ser un sacerdote.

No solo los oficios de sumo sacerdote y sacerdote cumplían el orden de padre a hijo, sino que el diaconado en el Antiguo Testamento, los Levitas, también eran escogidos en el mismo orden: “Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, haz que se acerquen a ti y se junten conti-

go, y te servirán; y tú y tus hijos contigo serviréis delante del tabernáculo del testimonio” (Núm. 18:2).

Los hijos de Leví les servían a los hijos de Aarón. Desde ejecutar la música hasta mover el mobiliario, los Levitas serían como ayudantes y asistentes para los sacerdotes. No importa cuán pequeña puede haber parecido la labor, esta se consideraba un verdadero ministerio. Por lo tanto, debido a que los Levitas eran ministros, las bases de calificación para su ministerio era el ser un hijo de Leví. Así como Aarón tenía que ser tu padre para que tú pudieses ser un sacerdote, ni siquiera podías retirar las cenizas del altar de bronce a menos que tu padre fuese un Levita.

Toda la humanidad ha pecado y ha caído de la gloria de Dios a causa de su padre, Adán. La salvación de la raza humana en el Diluvio fue por medio de un padre: Noé. Todo el pueblo de Israel fue escogido por Dios a partir de un padre: Abraham. Todos los sacerdotes provenían de un padre: Aarón. Todos los Levitas procedían de un padre: Leví. Todo en Dios fluye del padre al hijo. Cualquier desviación del orden de Dios es una desviación de Dios.

Este orden fue pervertido en los días de Elí el sumo sacerdote. La luz del sacerdocio se oscureció cuando los hijos de Elí, Ofni y Finees (llamados por Dios los hijos de Belial), robaron de las ofrendas y usaron su oficio para tener relaciones sexuales ilícitas. Entonces estos falsos profetas enfrentaron una batalla con los Filisteos. Pensaron que si se hacía desfilar el Arca del Pacto delante del ejército mientras iban a la batalla seguramente saldrían victoriosos.

El solo hecho de hacer desfilar un pacto no guardado no es el secreto de la victoria. El Señor invita a Su pueblo no sólo al poder, sino también a la relación. Elí y sus hijos murieron

el mismo día que llevaban el Arca. Al mismo tiempo, la línea de Elí dio a luz a “Icabod.” Lo que produjeron fue “ninguna gloria.” La línea familiar de Elí terminó allí.

Sin embargo, Dios ya había provisto un camino para preservar el orden de padre a hijo. Dios contestó la oración de una mujer llamada Ana, quien entregó a su hijo primogénito para el servicio de la casa de Dios. Dios llamó a Samuel para que fuese el nuevo padre de Israel, para ser “un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días” (1 Sam. 2:35). Samuel fue un hombre de transición en el progreso del pueblo de Dios hacia su propósito último de traer al Mesías. Él sería un puente entre el rechazo de una línea de la casa de un padre y el profeta que establecería la línea del Mesías.

Los hijos de Samuel le iban a seguir en el ministerio. Sin embargo...

Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel... Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho. Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones. Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a Jehová (1 Samuel 8:1, 3-6).

Continuará...

Comprendiendo el Libro de Hageo

Hageo presenta a Jesucristo, el Deseado de Todas las Naciones

Nota: La gran mayoría de los profetas del Antiguo Testamento hablaron antes del cautiverio. Durante el cautiverio, profetizaron Ezequiel y Daniel. Después del retorno, Hageo, Zacarías y Malaquías fueron los profetas. Así es fácil recordarlos. Sólo dos durante el exilio, después tres, y doce de los diecisiete antes.

Hageo, Zacarías y Malaquías son los últimos libros proféticos. Cada uno de estos profetas pertenece al período posterior al exilio. Les profetizaron a los judíos después de su regreso

a Jerusalén. Nabucodonosor había capturado a Jerusalén y había destruido completamente el templo. Esto no había logrado hacer que el pueblo se arrepintiera. Al leer Esdras, encontramos que cuando Ciro, rey de Persia, proclamó un decreto permitiendo que todos los cautivos regresaran a Jerusalén y reedificaran su templo, sólo unos 50,000 volvieron. La mayoría de ellos eran sacerdotes y levitas, y los más pobres de la población. Aun cuando los judíos aumentaron en número y en poder, nunca llegaron a la independencia política. Fueron

un pueblo sometido a los gobernantes gentiles, a partir de ese momento en adelante.

Unos dieciséis años antes los judíos habían regresado a su propia tierra bajo Zorobabel y habían comenzado a reedificar el templo (Nehemías 12). Pero el entusiasmo decreció rápidamente. Aparte de colocar los cimientos, no hicieron mucho más. Los samaritanos y sus otros enemigos de los alrededores estaban resueltos a impedir que Jerusalén fuese reedificada. Esto significó que la obra quedó incompleta durante quince años. Durante esos años cada uno se concentró en la construcción de su propia casa. Fue entonces que surgió Hageo y dio a conocer su mensaje. Animó a la gente para que edificase el templo. Esta vez lo terminaron en cuatro años. Parecía increíble que el pueblo de Dios hubiese esperado tanto tiempo para hacer aquello para lo cual había vuelto.

Poco sabemos acerca de Hageo, excepto que estuvo con Zacarías durante los días posteriores al exilio. Profetizó dos meses antes de Zacarías. Zacarías profetizó durante tres años y Hageo lo hizo por cuatro meses.

Hageo es la primera voz que se oye después del exilio. Su nombre significa ‘mi fiesta.’ Su libro es una colección de cuatro breves mensajes escritos entre agosto y diciembre.

Cada mensaje tiene fecha precisa. Dichas fechas, y no los lugares y los personajes, dominan las escenas. Corresponden al ‘año segundo del rey Darío,’ 520 a.C. Confucio, el filósofo chino, florecía en la China en esa misma época. El libro está dominado por un propósito central. Hageo está resuelto a persuadir al pueblo a reedificar el templo. No es tarea fácil convencer a un pueblo descorazonado a que ponga manos a la obra y reedifique un templo. Pero él lo hizo.

MENSAJE DE REPRESIÓN (Léase Hageo 1:1-11)

Un pobre puñado de gente había regresado a Jerusalén desde Babilonia, donde había vivido

en cautiverio. Con una tarea colosal por delante, la de reedificar el templo y restablecer el culto a Jehová, los judíos trabajaron compartiendo los mismos pecados de antes con los vecinos idólatras, aceptando también la idolatría y casándose con ellos. Eran pocos numéricamente, pobres, asolados por enemigos, y lo peor era que habían perdido esa fuerza interior que viene del gozo en el Señor. (Léase Nehemías 8:10.)

Como consecuencia de todo esto, la obra se arrastró y el pueblo perdió el entusiasmo y se volvió egoísta. Descuidando la casa de Dios, ponían más interés en edificar sus propias casas que en edificar la de Dios (Hageo 1:4). Dios no iba a permitir que esto siguiera así, de modo que les mandó un castigo como resultado de su proceder. Cosechas pobres, sequía, comercio menguado, angustia y alboroto tuvieron el efecto de hacer que el pueblo desfalleciera (Hageo 1:6). Trabajaban y se esforzaban, pero no les producía verdadero gozo (Hageo 1:6, 9-11).

Vemos el efecto del desafío de Hageo. Su severo llamado al deber resultó ser un buen tono. Zorobabel, gobernador de Jerusalén, Josué, el sumo sacerdote, y el pueblo, se levantaron a una y recomenzaron la obra de reconstrucción del templo (Hageo 1:12-15). ¿Cómo respondió Dios a su arrepentimiento? (Hageo 1:13).

A veces Dios permite las penurias porque nos mostramos indiferentes a Él. Las cosechas fracasaron y el comercio se vino abajo a causa del pecado de los judíos. Pero Dios quiere que sostengamos a la iglesia. Sin iglesias el pecado y el vicio aumentan. Cuando los hombres olvidan el amor a Dios, se olvidan de amar al prójimo también. Debiéramos hermoear la casa de Dios. (Véase 2 Samuel 7:2). No debemos vivir en casas hermosas mientras permitimos que el edificio de la iglesia esté en ruinas.

Continuará...

Entrenamiento Centrado en la Familia Después de la Secundaria

Por Phil Lancaster
(Quinta Parte)

En Malaquías 4:6 y Lucas 1:17 se nos brinda un doble testimonio de la importancia de que el corazón de los padres sea dirigido hacia sus hijos y que los corazones de los hijos sean vueltos hacia sus padres. Hemos discutido con anterioridad el significado de este volverse de los corazones (El Corazón del Padre: La Prioridad # 1 de Dios, número 22). En resumen, se

refiere a la necesidad de un entrenamiento piadoso en el contexto de una relación caracterizada por el amor. Si podemos citar una porción relevante de ese artículo:

“... Puede que cada generación no tenga la oportunidad de ser testigo del cruce del Mar Rojo o del Río Jordán como por tierra seca, pero cada generación tiene la oportunidad de experimentar al Dios vivo de una manera que preserve su fe. A medida que los padres abren

sus corazones, aman y entrenan a sus hijos, caminan con Dios abiertamente delante de sus familias, animan a sus hijos a seguir al Señor con ellos – entonces los hijos llegan a experimentar al Dios de sus padres, no solamente como memoria e historia, sino como una realidad viviente en sus propias vidas. El canal del corazón padre-hijo se convierte en el medio por el cual cada generación tiene un encuentro con Dios que garantiza su continuidad en la fe.

A medida que los hijos llegan a caminar con Dios mientras caminan con sus padres, crearán su propia historia de encuentros divinos. El pecado confesado, la disciplina de Dios recibida, el perdón experimentado, las oraciones contestadas, la guía obtenida por medio de la Escritura – todas estas cosas crean una historia personal del trato de Dios con el niño que asegura el carácter genuino, la profundidad y perseverancia de su fe. La fe de los padres llega a ser la fe de la siguiente generación... y así sucesivamente.

Qué vergüenza cuando este proceso es cortado justo en el tiempo más crucial de la vida del niño: el tiempo en el cual está tomando las decisiones más importantes en la vida, aquellas relacionadas con la vocación y el matrimonio. Es aquí donde todo el entrenamiento previo puede llegar a fructificar. Es aquí donde el vínculo padre-hijo puede ser cimentado para la vida, de una manera que asegure fuertes vínculos familiares en las generaciones por venir y cree así los canales más productivos disponibles para el progreso del reino de Dios.

La familia en Occidente se halla en el estado más débil en que la institución ha estado quizás desde la decadencia de Roma. Esto se debe al sentido de la creciente irrelevancia de la familia en nuestra sociedad individualista en el cual muchas de las funciones de la familia han sido absorbidas por el gobierno o elimina-

das por medio de la tecnología. Pero también se debe al deterioro simultáneo y asociado de los vínculos familiares, las relaciones entre los miembros de la familia en y entre las generaciones.

Una manera de comenzar a restaurar estos vínculos es que los padres reclamen el proceso total de la crianza de los hijos, incluyendo el establecerles en la vocación y en la familia, y en ese proceso ganar los corazones de sus hijos para una visión de la vida centrada en la familia.

No sólo les enseñemos a nuestros hijos que prepararse para comenzar sus propias familias es su llamado más importante, enseñémosles también a mirar esa nueva familia en el contexto de la familia extendida. El Salmo 112:1,2 dice, “Bienaventurado el hombre que teme a Jehová, y en sus mandamientos se deleita en gran manera. Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendita.” ¿Cuántos hombres pueden decir que sus descendientes son poderosos en la tierra? Quizá parte de la razón es que sus descendientes están diseminados sobre la tierra sin ningún sentido de conexión u obligación para el resto de su familia extendida. Como carbones dispersos en el fuego, pierden su efectividad. Si las familias recuperaran un sentido de propósito común, compromisos compartidos, vínculos de amor que unan, entonces quizá veríamos más hombres que sean poderosos en la tierra, y la llama de la fortaleza familiar sería reavivada. Quizás entonces la familia extendida decida permanecer lo más cerca posible para aumentar su fortaleza y aumentar su apoyo mutuo. Quizás entonces la iglesia local sería fortalecida con una continuidad de membresía en lugar de ser diezmada por el estilo de vida nómada de las familias modernas.

Continuará...

Comunidad Cristiana Renovación

Teléfono: 575-1000

Boletín en Internet: <http://www.contra-mundum.org/renovacion.html>

Correo Electrónico: domadar@yahoo.com